

ARTHUR C.
CLARKE

Y MICHAEL
KUBE-McDOWELL

FACTOR
DETONANTE

Por obra del azar, el Dr. Karl Brohier y su equipo provocan la revolución quizá más radical de cuantas se hayan producido en la historia humana. Han descubierto un método que «neutraliza» toda clase de armas, haciéndolas detonar a distancia, sin daño alguno. Se trata evidentemente de un invento capaz de acabar con el crimen y sobre todo con las guerras convencionales. Al principio, la violencia y el delito caen a niveles increíblemente bajos. Poco a poco, el mundo parece adaptarse a esta nueva y sorprendente revolución en paz. Pero hay intereses que no pueden permitir esta situación: la industria militar, el crimen organizado, el terrorismo. Para Brohier y otros científicos, el mundo se volverá pronto paranoico y traidor.

*A la memoria de los niños de
Dunblane, Escocia y de
Jonesboro, Arkansas*

Agradecimientos

Cualquier proyecto de esta dimensión debe mucho a personas cuyos nombres no aparecen en la tapa. Encabezando la lista está el equipo de la editorial, que incluye a los agentes Russell Galen y Danny Baror, los editores de Bantam Spectra Tom Dupree y Pat Lobrutto, y los editores de Harper Collins Jane Johnson y Joy Chamberlain. Sin su aporte nunca habiéramos sido capaces de iniciar este emprendimiento, mucho menos de perseverar para ver su final.

Con las personas involucradas a través de doce husos horarios, Internet fue una herramienta esencial para mantenernos en contacto y permanecer en la misma página. También resultó una soberbia herramienta de investigación. La world wide web, día y noche, da acceso a un mundo maravilloso de información y opinión (una bibliografía parcial de sitios Web se halla en: <http://www.sff.net/people/K-Mac/trigger.htm>). Al mismo tiempo, una variedad de grupos de noticias de Internet (de rec.aviation.military a talk.politics.guns) ofrece una lista internacional de expertos voluntarios y un tapiz de pasiones y filosofías en conflicto.

Entre las muchas personas que brindaron ayuda cortésmente a los autores están George Whidden del Institute for Advanced Study; doctor Rick Langolf; Daniel K. Jarrell; comandante Cole Pierce, USN (retirado); doctor Graham P. Collins; mayor Billy Harvey, USAF (retirado); Jeff Crowell; teniente coronel Les Matheson, USAF; Paul J. Adam; Robert Brown; Todd Euner; Scott Rosenthal; y Urban Fredriksson.

Por cierto, no son responsables por ningún abuso de su amabilidad y conocimientos, tampoco por los consejos no escuchados.

Por último, el agradecimiento más cálido es para aquellos más próximos, los amigos queridos y la familia que proporcionó ayuda y confort a través de la larga gestación de *Factor detonante*. Su contribución a nuestro esfuerzo ha sido —y sigue siendo— innumerable e inestimable.

Michael P. Kube-McDowell

Dramatis personae

Laboratorios de Terabyte:

Karl Brohier, director.

Jeffrey Alan Horton, director asociado.

Gordon Greene, ingeniero electromecánico.

Leigh Thayer, especialista en sistemas de información experimental.

Donovan King, jefe de seguridad.

Val Bowden, físico del pabellón anexo.

En Washington D. C.

Senador Grover Wilman, fundador de Razón Sobre la Locura.

Presidente Mark Breland.

Richard Nolby, secretario de la presidencia.

Roland Stepak, secretario de Defensa.

Richard Carrero, secretario de Estado.

Doran Douglas, procuradora general.

Aimee Rochet, directora de relaciones públicas.

Edgar Mills, director del FBI.

Jacob Hilger, director de la Agencia de Inteligencia de Defensa.

Otros:

Aron Goldstein, propietario de Aurum Industries y principal inversor en Laboratorios Terabyte.

John Samuel Trent, presidente de la Asociación Nacional del Rifle.

Jules Merchant, presidente del contratista militar Allied General.

Philby Lancaster, abogado de la Asociación Nacional del Rifle.

Robert Wilkins, comandante regional del Ejército del Pueblo de la Justicia Virtuosa.

Prólogo: Los elegidos

Con resignación, Jeffrey Horton inspeccionó el desorden en la segunda habitación llena de aparatos de computación que él y su compañero de habitación llamaban chistosamente, burlándose de sí mismos, el Agujero Negro.

Había disquetes y cintas desparramados debajo de las mesas y sobre ellas, y un CD-ROM, mortalmente herido, estaba enganchado bajo la ruedita de una silla. Partes de computadora de primera generación y de equipamiento para pruebas formaban montones precarios de metal y plástico en los rincones. Había una maraña de cables en el asiento de Horton, y un estante vencido y muy recargado de libros y manuales asomaba por sobre el gran monitor como una espada de Damocles.

El nivel de caos del Agujero Negro era tal que sólo a un fanático de los aparatos podía gustarle; la mayoría de los amigos de Horton tenían por lo menos una habitación así. Pero era evidente por los ficheros que rebasaban de fichas en el medio del suelo que Hal había frecuentado los lugares de intercambio electrónico de Silicon Valley durante las semanas en que Horton había estado afuera.

—Si está roto, yo lo puedo arreglar. Si funciona, lo puedo usar. —Ése era el lema de Hal. Era difícil para él decir no a cualquier ganga de mercado de chips, fuera un refractómetro a cincuenta dólares, un láser de argón a cien dólares o una computadora de la época de Windows, completa, a veinticinco dólares. De algún modo, el Agujero Negro lo absorbía todo.

Resistiendo a la tentación de meter mano a las cajas para evaluar los últimos hallazgos de Hal, Horton salió de la habitación y cerró firmemente la puerta. El montón de ropa sucia sobre su cama y la acumulación de elementos reciclables en el balcón del departamento eran más importantes que luchar contra la entropía, en un lugar que el dueño de la casa llamaba con malhumor «un patio de salvamento sin autorización».

Fue entonces cuando Horton oyó que alguien tocaba la puerta del departamento. El golpe sonó cortante e impaciente, como si hubiera estado tocando por un rato, lo cual era posible ya que competía con el ruido blanco de la añosa máquina lavavajillas, que ronroneaba y retumbaba en la diminuta cocina.

En su apuro por abrir, Horton apenas echó un vistazo al monitor del pasillo el tiempo lo suficiente para ver que quien estaba llamando era un hombre de cabellos plateados en un largo saco de paño. Abrió las dos cerraduras y abrió apenas la puerta.

—Hola. ¿Está...? —empezó el hombre. Luego se incorporó y mostró una amplia sonrisa—. Bueno, aquí estás.

Horton miraba atónito en silencio ese rostro que no tenía nada que hacer en la puerta de su departamento.

—Usted es Karl Brohier —dijo, parpadeando y moviendo la cabeza. No tenía información acerca de cómo debía comportarse frente a un Premio Nobel que aparecía a su puerta como un misionero, y volvió a decir—: ¡Usted es Karl Brohier!

—Sí —dijo el nombre, inclinando levemente la cabeza—. Y tú eres Jeffrey Alan Horton. —Hizo un gesto con la botella de vino que llevaba en la mano—. ¿Puedo pasar?

—Oh, claro, por supuesto, doctor Brohier —dijo Horton retrocediendo un paso y abriendo totalmente la puerta.

—Karl —lo corrigió el visitante.

Horton no se podía permitir esa confianza tan presumida, y entonces se limitó a asentir con la cabeza.

—Le pido disculpas por este desorden. Recién llego después de estar afuera durante casi tres meses.

—Lo sé. —Brohier entró bruscamente en la habitación —. ¿Qué te pareció el Oeste Medio?

—Bueno... no iba preparado para una nevada en primavera.

Brohier masculló algo, divertido, y buscó un lugar para sentarse.

—¿Y Marsh Tolliver? ¿Cómo estaba?

Tolliver era el director del Laboratorio Nacional de Superconductores de Ciclotrón en la Universidad del Estado de Michigan, adonde Horton fue para intercambiar 600 horas de servicio como voluntario por 60 minutos de ciclotrón que necesitaba para su tesis doctoral.

—Bueno, tiene unas expectativas muy altas —dijo Horton.

—Eres demasiado educado —dijo Brohier mientras se sentaba en la única silla de cocina que no tenía una pila de cartas encima—. Es la enfermedad de los estudiantes. Ya la superarás.

—Pero yo...

—Tolliver es un burócrata, un ídolo de lata que pasa por científico, algo que por desgracia es muy frecuente en las posiciones altas de los puestos de gobierno. Todo el buen trabajo que sale del Laboratorio Nacional de Superconductores de Ciclotrón se debe a Ginger Frantala, la subdirectora. Estoy seguro de que el profesor Huang le habló a ella para concertar tu visita. ¿Pudiste obtener lo que querías durante tu estancia allí?

No parecía haber nada acerca de él que Brohier no supiera.

—Los resultados apoyan mi tesis.

—Excelente. No veo la hora de verlos. ¿Vas a publicarlos?

—¿En una revista donde se selecciona el material? No creo que merezca...

—Oh, ya lo creo que sí. Por lo que me dijo el Viejo Tigre... —dijo Brohier—. «Viejo Tigre». A él le encanta ese apodo. No estaría de más que te las arreglaras para que él te oyera casualmente llamarlo de esa manera. —Brohier ahogó una risa—. Envía tu artículo a la revista *Physical Letters B*. Yo estoy en el comité de selección de artículos, y podría leerlo como corresponde.

—Pero, doctor Brohier...

—Karl —insistió el visitante.

Una fugaz sonrisa apareció en el rostro de Horton, y luego asintió.

—Karl, usted está frente a una persona muy confundida. Quiero decir, es un gran honor conocerlo. He leído sus artículos, y me alegré mucho cuando le dieron el Premio Nobel. Considero un honor tener esta conversación...

Brohier movió el brazo, como para cortar los elogios.

—Ya tengo sesenta y siete años, Jeffrey. ¿Qué me quieres decir?

—¿Por qué vino acá? —Horton hacía amplios movimientos con los brazos—. Discúlpeme, pero es como si Miss Universo apareciera en la residencia de una fraternidad...

Brohier estalló en una carcajada, y sus rasgos teatrales se aflojaron.

—Y como si viniera a invitar al presidente a salir...

—Exacto —dijo Horton—. Tan poco probable como eso.

—La vida es poco probable, pero es real. Vine a preguntarte qué vas a hacer en los próximos diez años —dijo Brohier—. Si no tienes nada mejor que hacer, ¿vendrías a trabajar para mí?

—¿Cómo?

—El Premio Nobel abre muchas puertas, realmente, y no sólo las tuyas. Hace menos de un año, un hombre muy visionario llamado Aron Goldstein me propuso establecer un nuevo centro de investigación. Le dije que había sólo una manera en que podría hacerlo: si me dejaba reunir las

mejores mentes jóvenes, y darles las herramientas y la libertad de investigar lo que ellos pensarán que tenía futuro.

—Suenan como una escuela de postgrado sin títulos.

Horton sonrió.

—Le dije que no quería dirigir una fábrica de aparatitos preocupada por las ganancias, sino que creía que lo que necesitamos es una fábrica de ideas que trabaje en los límites, que pueda ampliar los límites.

—La ciencia nueva crea oportunidades nuevas.

—Así es. Siempre ha sido así. Le dije que no me comprometería en un plan de negocios, que no podía decirle con qué nos encontraríamos o cuánto valdría, que no podía prometerle nada concreto. Luego me preguntó cuánto dinero había hecho de mis patentes y licencias de memoria de estado sólido, y le conté. Dijo que era suficiente para él, y cerramos el trato.

»En alrededor de cinco meses me pondré el sombrero de administrador y abriré las puertas de un campus de investigación de cinco kilómetros cuadrados y medio que está en construcción en las afueras de Columbus, Ohio. Me gustaría tenerte allí desde el primer día. ¿Te interesa?

—Sólo dígame a quién tengo que matar —dijo Horton.

Brohier sonrió, satisfecho.

—En esta botella hay un corcho —dijo, mostrando el vino—. ¿Por casualidad hay en este departamento un sacacorchos?

—Había uno antes de irme.

—Entonces intenta ubicarlo, y mataremos juntos este excelente Burdeos... y de paso algunas de nuestras células grises. Bienvenido a Laboratorios Terabyte, Jeffrey. Empieza a pensar sobre qué quieres trabajar después. —Los ojos de Brohier brillaban con un indisimulado orgullo—. Y hazte a la idea de que estás por convertirte en la envidia de todos aquéllos que desearían poder llamarse tus iguales.

I: GATILLO

1: Anomalía

—Vox —le dijo Jeffrey Alan Horton a su auto. El indicador del comando de voz se encendió en el panel de instrumentos y un menú apareció en el parabrisas—. Noticias, nacionales.

—... Se espera que el procurador general del Estado John Woo finalmente decida cuándo se iniciará el juicio por asesinato, ya pospuesto dos veces, contra Melvin Hills y otros ocho miembros del grupo antiabortista Asesinos de Dios. Los acusados se enfrentan a cinco cargos por asesinato en el feroz ataque a las instalaciones de Paternidad Planificada en San Leandro.

—Les prometemos a los acusados un juicio justo; a la corte, un juicio seguro, y a las víctimas una condena justa.

—Este inusitado juicio virtual se va a realizar por completo a través de la G2Net. El juez, los miembros del jurado, los fiscales y los abogados defensores se encontrarán dispersos en lugares secretos. En enero, se excusó al primer jurado cuando varios de sus miembros recibieron amenazas de muerte...

—Vox —dijo Horton—. Noticias, locales.

—... Aquéllos que proporcionan servicios de salud para mujeres del área de Columbus no se mostraron dispuestos a debatir medidas adicionales de seguridad, pero la subco-

misaria Jeanne Ryberg prometió «máxima vigilancia» durante el juicio.

—Sabemos de qué son capaces los Asesinos de Dios y no permitiremos que se salgan con la suya aquí...

Horton suspiró. Si bien el juicio de San Leandro no había comenzado aún, ya estaba cansado de oír sobre él. Pero la historia estaba recibiendo una enorme cobertura y la única manera de evitarla era manteniéndose alejado de los programas de noticias durante todo el mes siguiente.

—Vox. Apagar radio —dijo al mismo tiempo que hizo girar el volante hacia la derecha para tomar la avenida Shanahan.

Era el momento del año y el tipo de mañana límpida de Ohio cuando el sol se elevaba directamente sobre las calles que van en dirección este-oeste como una bola de fuego, saludando a los conductores con un brillo deslumbrador.

En algún momento en el último día y medio, Jeffrey Alan Horton había puesto en el lugar equivocado sus lentes de uso habitual. Sus ojos, todavía con sueño, extrañaban mucho los anteojos espejados mientras hacía los tres últimos kilómetros por la avenida Shanahan. Intentando esquivar el sol y haciendo sombra sobre sus ojos con la mano, Horton se sintió aliviado cuando finalmente llegó a la entrada arbolada del campus de Laboratorios Terabyte.

Con un generoso colchón de bosques y un parque que separaba el complejo de investigación del barrio que lo rodeaba, la entrada al complejo se asemejaba más a la de un parque que a un centro de ciencia aplicada de primer nivel. Para mantener la ilusión, la seguridad en el perímetro era discreta. No había portones ni guardias ni barreras, apenas un cartel no muy llamativo.

Pero las apariencias eran engañosas. Cien metros más adentro el camino se estrechaba para seguir a los visitantes a distancia, y pasando esa calle un sensor de pavimento examinaba la parte de abajo del auto de Horton, un Honda

Passport, y un transmisor a la vera del camino se dirigía a su radio-tarjeta de identificación.

Horton sabía por experiencia lo que podía ocurrir si no pasaba alguno de los dos controles: sería interceptado apenas después de la primera curva por una barrera de acero que se levantaría desde el camino y aparecería un jeep amarillo de seguridad. Si alguien trataba de avanzar o de entrar en el campus por el parque sería recibido por las armas del pequeño grupo de seguridad y su característica falta de humor profesional.

Al comienzo, Horton no estaba demasiado de acuerdo con la seguridad. Se oponía a la insistencia de Brohier en denominar «campus» a las instalaciones de Terabyte, debido a que las cercas y los puestos de control no habían sido parte de la experiencia universitaria de Horton en Stanford, Purdue o el estado de Tennessee. Sin embargo, últimamente había comenzado a apreciar la calma vigilancia del personal de seguridad, en especial después de que el laboratorio recibió un paquete bomba de «Ned Ludd» en un envío de suministros de oficina.

Ahora, Horton ya conocía todos los rostros y nombres de pila de los guardias. A su vez, le representaban una presencia reconfortante cuando, como sucedía a menudo, trabajaba muy temprano, muy tarde o durante los fines de semana. El único problema que Horton tuvo con ellos fue durante su primer invierno en Terabyte, cuando, un día en que su auto estaba en el taller para una reparación de frenos, llegó al trabajo en el Saturn eléctrico de su novia que no estaba registrado.

Su novia... ésas eran dos palabras que Horton no usaba desde hacía mucho tiempo. Su última relación seria había sido con Kelly Braddock, en Stanford. Durante el año y medio que salieron, nunca tomaron la decisión de irse a vivir juntos, pero entre la precaria situación emocional y la actitud defensiva de Kelly y su osado desenfado sexual, esa relación le consumió tanto espacio y energía como las rela-